

El neoplatonismo en María Zambrano. La carne de las sombras

Nuria Sánchez Madrid

Universidad Complutense de Madrid

nuriasma@ucm.es

<http://orcid.org/0000-0003-4273-5948>

Resumen: Este artículo se ocupa de explorar la huella que el conocimiento de las fuentes del neoplatonismo tardoantiguo dejó en el pensamiento de María Zambrano, con la intención doble de profundizar en una fuente poco conocida del legado zambraniano y de abordar los motivos que evidencian el interés contemporáneo hacia pensadores como Plotino, en virtud de la centralidad que posee en las *Enéadas* el combate entre la inteligencia y la corporalidad. El trabajo se articula en tres partes. En primer lugar, expongo la reivindicación en clave plebeya que Zambrano realiza de la figura de Plotino, en sintonía con poetas cubanos pertenecientes a su círculo en el temprano exilio como Fina García Marruz, en una línea afín a su más conocida recuperación del estoicismo. En segundo lugar, contextualizo el recurso a motivos procedentes de Plotino en el marco de la senda neo-pitagórica que Zambrano siempre consideró como una de las coordenadas vertebradoras de su pensamiento. En tercer lugar, me aproximo a escritos en los que Zambrano se ocupó centralmente de la figura de Plotino y de la contribución que este pensador tardoantiguo ofrece para reflexionar sobre la condición histórica contemporánea.

Palabras clave: Zambrano; Plotino; neoplatonismo; neopitagorismo; poesía

Abstract: “Maria Zambrano’s Neoplatonism. The Flesh of the Shadows”. This paper explores the impact of Maria Zambrano’s acquaintance with Neoplatonic sources of Late Antiquity in her thought. The objectives of this investigation are twofold: first, to conduct an in-depth study of a lesser-known source of Zambrano’s legacy; and, second, to explore the reasons behind the current interest on thinkers like Plotinus, particularly in light of the significance of the struggle between intelligence and corporality within the *Enneads*. The paper has three main sections. Firstly, I present Zambrano’s vindication—on a plebeian key—of the figure of Plotinus, which aligns with the views of Cuban poets that were part of her circle during her early exile, such as Fina García Marruz, and is closely related to her—more extensively studied—recovery of Stoicism. Then, I contextualize the use of Plotinian motifs within the Neopythagorean path, a path that Zambrano considered a fundamental element of her thought throughout her whole life. Finally, I focus on Zambrano’s texts dedicated to the discussion of Plotinus and analyze the contribution of this thinker of Late Antiquity to the reflection on the contemporary historical condition.

Keywords: Zambrano; Plotinus; Neoplatonism; Neopythagoreanism; poetry



“πειρᾶσθαι τὸν ἐν ὑμῖν θεὸν ἀνάγειν πρὸς τὸ ἐν τῷ παντὶ θεῖον”
(Porph., *Vita Plotinis* [Exergo de *El hombre y lo divino* de María Zambrano])

Introducción

María Zambrano mostró desde su juventud un interés especial por las prácticas de meditación e iniciación propias de la filosofía griega y romana tardío-antiguas. Mención especial merece la atención que dedicó a lo largo de su itinerario intelectual y vital a la figura de Plotino y al planteamiento que este ofreció de la compleja relación entre el cuerpo y la mente humanos, que Zambrano entiende dentro de un marco compartido con el neopitagorismo y salpicado también de referencias estoicas. Es menester subrayar que la apropiación que Zambrano realiza de la Escuela de Alejandría, como aquella denomina a un espacio intelectual en que se cruzan los caminos de neopitagóricos, órficos, neoplatónicos y cristianos primitivos, está transida de una vocación transformadora a nivel político, que se caracteriza por democratizar la experiencia de elevación espiritual anhelada por el sabio neoplatónico. En efecto, Zambrano no dejará de encontrar en la tradición más plebeya hispana, aún viva en el siglo XX, ejemplos vivos de una manera de vivir que remite al cuidado del cuerpo y de sí extendido entre este modelo de vida filosófica. La pensadora encuentra en ellos la expresión más plástica de una manera de vivir consciente de que todo trato con lo real debe estar presidido por un diálogo, no por una imposición que reduzca lo percibido a un esquema cuantitativo. Por el contrario, el legado cultural de Plotino consistiría en escuchar, como ya lo habían anunciado los pitagóricos de la Antigüedad griega, los latidos de un fondo huidizo y sacral, sobre el que se dibuja el rostro físico de cada cosa, de suerte que vivir, conocer y actuar se identifiquen con manifestaciones de una mediación constante entre la divinidad del mundo y la divinidad interior.

1. Una reivindicación en clave plebeya del neoplatonismo

El apego de María Zambrano al saber alumbrado y custodiado por el pueblo propicia insólitas constelaciones en las que nombres autorizados de la

tradición filosófica se dan la mano con voces del flamenco andaluz, generando cierto cortocircuito que en realidad contaba con cierta tradición en la cultura hispana, de la que dan cumplida muestra propuestas intelectuales como la de los hermanos Machado y la Institución Libre de Enseñanza, toda vez que no faltaron en ella historiadores del derecho como Francisco Giner de los Ríos y Joaquín Costa interesados por el archivo hispano de proverbios ni filólogas como María Goyri volcadas en rescatar el saber popular contenido en el romancero.

Se trata de una decisión afín a la que condujo en otras coordenadas culturales europeas al *performer* dadaísta Hugo Ball a dedicar en 1923 un ensayo al cristianismo bizantino, en cuyos hombres y mujeres santos la fatigada condición humana podía encontrar una línea de fuga al asfixiante control técnico y violencia burocrática y militar que flagelaban las almas en la Alemania de Weimar.¹ En una carta dirigida a su amiga Rosa Chacel el verano de 1953, al comienzo de su exilio romano más dilatado, Zambrano confesaría el consuelo que le deparaba escuchar flamenco mientras las aciagas circunstancias políticas de España y Europa la mantenían alejada de su patria, en el trance de preparar innumerables conferencias en territorio ajeno:

Me decían que parecía una gitana, bueno ¿acaso no lo soy algo? ¡y gracias a Dios! Mira “Las Circunstancias” que diría el Maestro. ¡Ay Señor! Me han revelado que tengo algo de bailarina; bueno, de bailaora. Como he tenido que dar miles de conferencias y algunas en circunstancias particularmente atroces –aquel año en Puerto Rico en los mismos días que caía París con mi madre y mi hermana dentro– eché mano de unos discos de Antonia Argentina y uno de ellos, “La Corrida” de Valverde, ¿la recuerdas? con sus castañuelas me daba alma o me la despertaba para ir a hablar de Séneca, del estoicismo español y hasta de Plotino el egipcio. Por eso no me he muerto².

Las *alegrías* de Antonia Mercé –*La Argentina*–, acompañadas a la guitarra por Joaquín Valverde forman parte de un bajo continuo flamenco que había sostenido a esta pensadora desde su infancia, en la que –como le narraba su madre– esta la acunaba mientras entraba por la ventana el sonido de las malagueñas que Juan Breva entonaba en un bar próximo a su domicilio: “las malagueñas de Juan Breva fueron tu nana”. A decir de Zambrano, el cante jondo conecta a quien lo escucha con la entraña, de la que surge una “metafísica

¹ Sobre la apropiación libre que Ball acometió de algunas fuentes gnósticas del cristianismo primitivo oriental remito a Sánchez Madrid, “The Return of the Θεῖος ἀνύπ...”, pp. 325-338.

² Zambrano en VV.AA., *Cartas a Rosa Chacel*, pp.42-43.

de la soledad, de la angustia, de la libertad”³, que debía ser rehabilitada como un producto intelectual revestido de una inequívoca belleza. En un libro de memorias como *Delirio y destino* Zambrano ofrece una semblanza neoplatónica de la cultura corporal que caracteriza al trabajador andaluz: “[H]ay pudor de no trabajar y de trabajar en exceso, y si se encuentra con alguien cuando vuelve por el camino, dice ‘sí, vengo de dar un paseillo’, o ‘de dar una vuelta por la tierra, que no conviene que se quede mucho tiempo sola’. Pudor de todas las demás de la dependencia de la persona del hombre a su cuerpo; el cuerpo no debe pesar, ni hacerse nunca ostensible, ni en su presencia, ni en sus necesidades. ‘En mi jambre mando yo’, había contestado aquel, sin trabajo, cuando le fueron a proponer que hiciese algo que no era de su agrado”⁴.

La descripción que el pasaje ofrece del prototipo del sujeto trabajador andaluz lo presenta como una recreación contemporánea de una figura situada en principio en sus antípodas, como es el caso del sabio neoplatónico, despreciador del cuerpo en su justa medida para no dar al traste con las exigencias del espíritu. Como es común asimismo a la reivindicación zambraniana del estoicismo, el legado de Plotino no estaría custodiado precisamente por individuos engolados y pedantes, ensimismados en una pomposa torre babélica, sino más bien por meros trabajadores acostumbrados a pronunciarse desde un archivo ancestral de dichos y proverbios, en el que el ingenio particular del sujeto es lo último que cuenta. En un texto tardío como *Los bienaventurados* (1979), Zambrano sigue enlazando las figuras del principal referente del neoplatonismo de la Antigüedad tardía, Plotino, con una poesía tan atenta a lo popular como la de Federico García Lorca, de la mano del planteamiento del amor que aparece en las poesías y dibujos del segundo, al que Zambrano considera un entendido de lo sagrado:

Los dibujos [de Federico García Lorca] son la sustancia misma de su poesía. En ellos se produce la identidad entre lo visto y él: la visión y la unidad. Son instantáneos, en el sentido de idénticos a sí mismos, de que en ellos se cumple la perfección metafísica propuesta por Spinoza entre lo visto y el que ve. Pero quizás no sea Spinoza, sino Plotino, el que dice que el amor es el ojo con que el que ama ve al objeto amado y, al ver al objeto amado, se está viendo a sí mismo. Pues bien, Federico, que no tenía por qué conocer a Plotino, que seguro que no lo conocía, yo creo que dibujó así; que en sus dibujos, y no en todos, se produce esa

³ Zambrano, *Delirio y destino*, p. 84.

⁴ Zambrano, *Delirio y destino*, p. 83.

identidad entre lo visto, lo mirado y el amor. Y en ese sentido a Federico se le ve, se ve a sí mismo sustancialmente, en los dibujos, tanto o más que en ciertos aspectos de su poesía lírica⁵.

El pasaje que acabo de reproducir se detiene en varios dibujos asociados a poemas de Lorca, entre los que destaca “Muerto de amor”, vinculado a un poema dedicado en 1928 a quien fuera pareja fugaz del poeta en aquel tiempo, la artista *sinsombrero* Margarita Manso, y “Dama española”, en la que se representa a Rosa Montanyà, miembro del círculo de Galeries Dalmau de Barcelona, donde a instancias de Dalí, Lorca exhibiría varios dibujos suyos. Ambos se expusieron en Barcelona con ocasión de la representación de la *Mariana Pineda* de Lorca en la ciudad, cuyo final sonaba a oídos de Zambrano a un adagio neoplatónico: “Amor, amor, amor, y eternas soledades”. La comparación establecida entre el planteamiento del amor en el neoplatonismo y la poética lorquiana pone de manifiesto la apropiación que Zambrano realiza del primero como fundamento del abismarse en uno mismo que el sujeto enamorado experimenta con motivo del amor, hasta el punto de recrear al ser deseado o admirado. Quien está enamorado –parece señalar Zambrano en la estela de su personal lectura de Plotino– cuenta con las llaves que permiten abrir los secretos de las profundidades del ser.

Según esta pensadora, quienes más se acercan a las honduras del amor más se abisman en una soledad asediada por la muerte, por un “vivir desviéndose” sobre el que la pensadora disertaría durante años con su amigo cubano, José Lezama Lima, y el círculo poético en torno a la revista *Orígenes*, y que en realidad vehicularía su propio acercamiento a su amada España, de la que se aleja traumáticamente por un forzoso exilio. La única mujer del círculo de escritores cubanos con los que Zambrano empezó a relacionarse en La Habana desde octubre de 1936, Fina García Marruz, descrita por la primera como una poeta envuelta en su alma, “capaz de escribir sin romper el silencio, la quietud profunda del ser”⁶, dedicó precisamente un poema –“En la confusa adolescencia”– a un recuerdo que confiesa su lectura juvenil de Plotino como resistencia ante las urgencias de la vida cotidiana, declinada con el paso del tiempo. En la escena García Marruz señala que las emanaciones que leía en Plotino le quedaban entonces más cerca que las sillas que su madre y su tío

⁵ Zambrano, *Obras Completas IV/2*, p. 250. Los corchetes son míos.

⁶ Zambrano, “La Cuba secreta”, p. 9. Zambrano se refiere en términos afines a la poesía de José Lezama Lima, de la que dirá: “[M]e pareció siempre vivir en estado más que de gracia, de sacrificio; único estado en que el alma que contrae a diario nupcias con la realidad se mantiene intacta”.

pintaban de blanco para adecentar el hogar familiar, si bien al final de su vida comprendió que el misterio concentrado en la letra de aquel libro la devolvía al cuidado de las cosas que solemos despreciar:

¡Qué iba a pensar Plotino
que en el piso alto de una calle habanera
iba a estar yo leyéndolo
a tantos siglos de distancia,
y que sus emanaciones se confundirían
con el olor de la pintura,
la brocha, el cucuricho de periódico,
y la conversación de mi tío Rosendo pintándolas!
¡Ay, sillitas, y quién volviera verlas,
ahora que ya no me acuerdo de Plotino,
y nada son para mí las páginas que leía tan seria,
entre la fiel emanación del aceite
y la vida desatendida, verdadera!⁷

El silencio y la humildad de la materia orientan en García Marruz hacia el descubrimiento de la “vida verdadera”, que en Zambrano comporta el paso y la superación de la experiencia de una realidad infernal que impone el olvido de la potencia en nombre de la victoria del acto. Frente al ensimismamiento con respecto a la exterioridad vital que propician las sesudas lecturas filosóficas, García Marruz da cuenta de un despertar a la vida que ensalza lo vulgar y cotidiano frente a la elevación del alma por las altas esferas de la inteligibilidad. Por una senda heterogénea Zambrano descubre en sujetos hispanos comunes y plebeyos el misterio de un saber corporal que armoniza su cuidado con el de la mente, hasta el punto de democratizar un *logos* que la tardo-antigüedad solo reconocía a individuos distinguidos. Se desprende de su perspectiva que todo sujeto tendría en sus manos el milagro de poner de acuerdo lo divino dentro de él con lo divino fuera de él, una divisa en la que Zambrano siempre advirtió una receta que habría resultado salvífica para la suerte de su país, España.

2. *La senda órfico-pitagórica en Zambrano y la senda iniciática del neoplatonismo*

Más allá de sus conversaciones con poetas, la aproximación de Zambrano a las escuelas filosóficas del mundo antiguo y tardoantiguo pasa de manera insoslayable por el magisterio de Xavier Zubiri, incluso con más intensidad que

⁷ García Marruz, *La Habana del Centro*, p. 17.

por la docencia de Ortega, de quien la autora observa en *De la aurora* que “[l]a senda que yo he seguido, que no sin verdad puede ser llamada órfico-pitagórica, no debe ser en modo alguno atribuida a Ortega”⁸. Con arreglo a esta “senda”, cabe señalar que a *la realidad* no la cincela la voluntad humana, sino más bien *lo sagrado*, esto es, “algo anterior a las cosas... una irradiación de la vida que emana de un fondo de misterio”⁹. A diferencia del proyecto desde el que el sujeto dibuja el potencial que descubre en la circunstancia, Zambrano se propone experimenta lo real desde la captación del fondo misterioso que habita en todo lo que hay. Por ello, la cultura hispánica se volvía tan reveladora para esta filósofa, al poner de manifiesto maneras de vivir atentas a la dimensión sagrada de la existencia, que debe presidir la construcción de la propia subjetividad, de la misma manera que la convivencia en sociedad. Los biógrafos de Zubiri –J. Corominas/J.A. Vicens– describen la complicidad que Zambrano alcanzaría a tener con su joven profesor Zubiri, entonces aún sacerdote, con quien se familiarizó en lecciones extra-académicas con la lectura de la **Ética** de Spinoza y de las *Enéadas*, especialmente de la tercera, si seguimos la propuesta de uno de los autorizados editores de la pensadora, Jesús Moreno.¹⁰ Precisamente la joven estudiante de filosofía pensó dedicar su frustrada tesis doctoral a la noción de individuo en Spinoza, de la que culminó algunos capítulos.

La experiencia del alma en el mundo antiguo griego y romano marcaría un campo fructífero de reflexión en Zambrano, al percibir en aquella una posición enfrentada al dominio de la subjetividad moderna, cartesiana, para la que la relación con el mundo pasa con la reducción al número y la extensión, en lugar de entender la formulación matemática de los objetos como resultado de un diálogo secreto y sordo, subyacente a la captación de los misterios que encierra la propia vida. En esta misma línea, no es de extrañar la semblanza que Ramón Gaya dedicara a su gran amiga Zambrano, en la que la compara con una sibila o con una pitonisa, para afirmar que la pensadora malagueña nunca se mostró “más plena”, más allá de las emociones identificadas con la

⁸ Zambrano, *De la aurora*, p. 123.

⁹ Zambrano, *El hombre y lo divino*, p. 33.

¹⁰ Vd. Corominas/Vicens, *La soledad sonora*, p. 189: “Hasta final del curso [en 1927] y durante todo el año siguiente, Xavier Zubiri irá a su casa diariamente para ser su profesor particular [de Zambrano], aunque en otras ocasiones será ella quien vaya a casa de Zubiri a recibir sus clases. Siempre recordará el cuidado con que Xavier la fue llevando por los recovecos de la historia del pensamiento occidental. Durante los primeros meses, leen y comentan la **Ética** de Spinoza y la *Sexta Enéada* de Plotino”.

alegría y la pena, que contemplando una estela funeraria con bajorrelieve en la romana *Via Appia*.

A María Zambrano todos hemos tenido alguna vez la tentación de suponerle un algo, y hasta un mucho de... Sibila o de Pitonisa. ...En Roma, durante años, nos hemos visto casi todos los días. Yo tenía entonces un estudio en Mario di Fiori, casi esquina a *Via Condotti*, y María con su hermana Araceli, vivía en *Piazza del Popolo*. Nos movíamos muy bien por estos lugares: el café Greco, *Piazza di Spagna*, *Via del Babuino*, la frutería, la *trattoria*; el lujosísimo escaparate de ropa o de joyas al lado mismo del verdulero, los gatos... Pero quizá en donde he visto a María, no más feliz, ni más triste, sino más... plena, más completa, ha sido en la *Via Appia*. A María le gustaba sobre todo llegar hasta un relieve muy perdido, muy gastado, de una tumba romana. Junto a esta tumba hay un pino –un pino romano– que también parece una escultura. Casi podría pintar ese momento¹¹.

La imagen de Gaya captura una imagen expresiva de la atención que Zambrano dedicaría durante toda su vida a las figuras de mediación, sabedoras de encontrarse entre el mundo de los cuerpos y el mundo de las sombras, entre la vida y la muerte, tras la que llegará una reconciliación final del alma del individuo con el alma del mundo. Esa promesa convertía a la muerte, de la misma manera que a un exilio que tanto se asemejaba a una muerte como ciudadana, en un escenario de aprendizaje y de paso, gracias al cual podían atesorarse experiencias enriquecedoras para una subjetividad doliente. Quizás no hemos atendido lo suficiente al alcance que tuvieron para Zambrano las lecturas y visiones neo-pitagóricas y neoplatónicas, en tanto que cauces por los que fraguó su camino al exilio. En una conversación con Antonio Colinas, Zambrano recuerda, en efecto, que la estela representaba a un adolescente desnudo, con una capa sobre los hombros y portando una antorcha, como si estuviera dispuesto a recibir la luz del sol¹².

¹¹ Gaya, *Obra completa*, pp. 873-874.

¹² Véase el siguiente pasaje recogido en la entrevista: “En la *Via Appia* de Roma hay una maravillosa estela que a mi hermana y a mí nos gustaba contemplar. La estela representa a un joven adolescente desnudo. Sólo lleva una especie de capa sobre sus hombros. En una mano tiene algo parecido a una antorcha. Y parece como si la tendiera para dar o recibir luz del sol. Ningún desnudo me ha parecido siempre tan alejado de la exhibición. También aquel desnudo era iniciático y misterioso. A nosotros nos gustaba detenernos al lado de aquella estela e incluso un día nos sorprendió la policía. Teníamos por costumbre recoger los restos de los paquetes de cigarrillos y de colillas que había por allí y hacer con ellos una hoguera. Ese día, el pequeño fuego se extendió y yo tuve que aplastarlo apresuradamente para que no afectara a los árboles que aún estaban vivos”. Accesible en: <https://ddooss.org/textos/entrevistas/entrevista-a-maria-zambrano>.

Como en las representaciones descubiertas en los blancos estucos de la Basílica neo-pitagórica de Porta Maggiore, algunos de un aspecto intacto, debido al temprano abandono del templo poco después de su terminación, la Zambrano del exilio se siente un alma suspendida a la espera de entregar un mensaje a quien sepa reconocerlo y acogerlo, toda vez que la salida de España le ha permitido, por de pronto, conocer a este país mejor que muchos de lo que pretenden sus coyunturales dirigentes. Reparemos en su *Carta sobre el exilio* (1961), en la que la ascesis del mundo antiguo se hermana con personajes como la llamada “gente de placer” de la corte de los Austrias, figuras marginales como el niño de Vallecas y el bobo de Coria que parecen encarnar la decadencia de las formas de vida excelentes preconizadas por el paganismo antiguo. Como ocurría en *Delirio y destino* con el labriego andaluz, ahora la inversión del sabio neopitagórico y neoplatónico resulta de la mano de los seres excluidos por la sociedad biempensante como inválidos e incapaces. Desmontando esa impresión inicial, Zambrano propone reconocer en ellos a los portadores de un mensaje de mediación, que viene el trasmundo de la potencia para rebajar el orgullo de lo que ha llegado a tomar forma perfecta y admirable. En efecto, el elogio de Zambrano a la Nina de *Misericordia* (1897) de Pérez Galdós en *Los intelectuales en el drama de España* (1937) la presenta como una suerte de personaje plotiniano de una Restauración en declive, que recuerda que el hambre también es divina, pues todo es de Dios, incluyendo al “pelo, el barro y la basura” que la sociedad suele despreciar, a pesar de su funcionalidad para garantizar la reproducción social. Volveremos a ello, pues el juicio sobre este personaje literario, trasunto para Zambrano de toda una clase social a la que solo la República podría salvar, recoge una suerte de inversión consecuente de la excelencia de la vida contemplativa en Plotino. Nina es un acontecimiento que despierta a un sórdido Madrid por medio del mensaje que dicta que lo divino penetra con su luz todas las cosas, incluso aquellas que nos parecen ífimas en valor.

En la estela funeraria de la Via Appia, como también en los estucos de la Basílica neo-pitagórica de Porta Maggiore, un hipogeo construido en terrenos propiedad del senador Tito Estatilio Tauro, caído en desgracia en tiempos del emperador Claudio, Zambrano se encuentra con seres en tránsito, en proceso de rapto y también de liberación, en sintonía con el ritmo original que Zambrano asocia con el mensaje principal del rito pitagórico, que anima a comprender lo que ata al ser humano al mundo terrenal para liberarse del mismo y conocer la felicidad concedida por un trasmundo puramente noético. En esta línea,

las escenas representan a Ganímedes capturado por Zeus, lo que permitirá al primero alcanzar la inmortalidad, pero también a una de las hijas de Leucipo raptada por los Dióscuros antes de sus bodas, lo que la transforma de doncella en mujer. Lo mismo ocurre con el más célebre rapto de Helena. También se observa a Medea ofreciendo en presencia de Jasón una pócima al dragón que custodia el vellocino de oro y la cruel metamorfosis de Marsías. Como los sueños, en los que Zambrano encuentra un “fenómeno de la vida primigenia”, estas escenas contribuyen a un progresivo despertar de la conciencia, un proceso que lejos de amenazar la lucidez, vela por ella, pues acostumbra a experimentar el conocimiento del mundo como una obra no de dominio, sino de asimilación y sometimiento a la influencia de fuerzas ajena, que el sujeto incorpora a su ser, que así se va transformando a medida que avanza su existencia. Cabe destacar entre todas estas imágenes la de la poetisa Safo lanzándose para acabar con su vida sobre la isla blanca –la Léucade– por el amor no correspondido de Faón, según recogen las *Heroidas* de Ovidio, a la que Zambrano se había referido ya en unas conferencias sobre el lugar de la mujer en la historia dictadas en La Habana en 1940. Asimismo, un pasaje de la *Historia natural* (Plin. XXII 20) de Plinio el Viejo subrayaba el poder de la hierba *centum capita*, capaz de volver a quien la ingiriera irresistible para el otro sexo. El estudioso francés de la basílica Jérôme Carcopino enfatiza la importancia que para el neopitagorismo tenía este pasaje de Plinio¹³, capaz de envolver la seducción amorosa en el misterio de una *physis* que ejerce su poder sobre el individuo. La caída de Safo, como la del saltador o clavadista de la ciudad campana de Paestum, transmite la importancia de la renovación anímica, de la regeneración que debe alcanzar el iniciado para llegar a serlo. La basílica romana mencionada apenas pudo ser utilizada como espacio funerario, pues la condena de su propietario acusado de practicar ritos mágicos de índole neopitagórica prohibidos por Agripina, mantuvo al templo oculto hasta que unas obras de ampliación de la Estación Termini permitieron su redescubrimiento en 1917.

Las mencionadas conferencias de Zambrano en La Habana, dedicadas a disertar sobre ejemplos de mujeres intelectuales a lo largo de la historia y sus respectivos marcos ideológicos, exploraban aquello que las mujeres habían hecho de sí mismas más allá de las funciones a que las han reducido los varones. Entre las últimas se encontraban la Inmaculada Concepción, la Beatrice como guía espiritual de Dante e incluso la Dulcinea del Quijote. Frente a ellas, Safo,

¹³ Carcopino, *La Basilique Pythagoricienne de la Porte Majeure*, pp. 240 y 283.

como también Eloísa, abre una línea de fuga que parte de la identificación de la mujer con el *alma*, una dimensión que está siempre más allá o más acá de la lógica, y que en buena parte coincide con la descripción de este fenómeno psíquico que el maestro Ortega recogió en su escrito “Vitalidad, alma, espíritu” (1924), en el que se inspira Zambrano en su primera colaboración con *Revista de Occidente*, “Hacia un saber sobre el alma” (1934), texto que –como recuerda la propia Zambrano– motivó una dura reprimenda por parte del maestro. En este contexto Zambrano encuentra en Safo no tanto una imagen, sino una voz que consigue expresar el amor que siente metamorfoseándose en un elemento más de la naturaleza: “De las brevísimas composiciones que de ella tenemos, apenas nada que no sea ella misma, y ella misma es como el corazón de una flor. Al expresarse la mujer poéticamente en ese acto tan grave que es la trascendencia poética encontramos que es como si una flor cantara; todo lo que nos dice son sensaciones, son estremecimientos, son cosas que suceden en lo que un ser tiene de cósmico y de inefable. Canta a Venus, canta a la noche, manifiesta su desvelo y su nostalgia y esto es lo que tiene de más humano, la nostalgia, mas una nostalgia bien concreta y definida, como la nostalgia de una flor por la gota de agua que le ha sido negada”¹⁴.

La poesía de Safo se describe en el extracto de la conferencia como efecto de una subjetividad que no quiere ser moderna, sino transmitir los misterios que anidan en cada elemento natural, lo que implica asimismo el abandono de toda posición central en el mundo como lugar propio del ser humano. El ser humano debe transmitir lo que ve, a saber, las honduras del ser, y en ellas no aguardan pomposas evidencias, sino más bien la voz de los derrotados y excluidos de todos los tiempos, clamando por un mundo que podría haberse ordenado de otra manera. El *logos* enigmático de la poeta del mundo lírico griego se articula con la voz que Zambrano había propuesto escuchar en el mencionado escrito de 1934, provocando la señalada fricción con Ortega, a saber, la de un alma no iluminada por la razón, sino examinada desde su relación con los polos representados por Dios y la Naturaleza, “dejando aparte por el momento lo que ha dicho el intelecto acerca del alma que cae bajo él”¹⁵. Ese saber del alma estaba llamado a tener efectos en la construcción civil de la España inaugurada por el tiempo nuevo que trajo consigo la Segunda República. No cabe duda de que la atención al neoplatonismo como una de las grandes recapitulaciones del

¹⁴ Zambrano, “La mujer en la cultura medieval”, p. 278.

¹⁵ Zambrano, *Hacia un saber del alma*, p. 34.

pensamiento griego, junto a la que representa el estoicismo, un arco temporal en el que Plotino destaca como “místico del entendimiento, de la inteligencia”¹⁶, inspira en parte a este proyecto, en el que Zambrano no dejará de trabajar a lo largo de su vida.

3. La atención de Zambrano a la “Escuela de Alejandría” tardoantigua

Como hemos advertido en las secciones anteriores, las fronteras entre escuelas filosóficas tardoantiguas no son determinantes para Zambrano, que siempre prioriza el aire de familia que las conecta. Pero si enfocamos directamente la atención que concedió a Plotino, cabe reparar en un escrito también recogido en el volumen recopilatorio *Hacia un saber del alma* –titulado “La Escuela de Alejandría”–, en el que la pensadora encuentra en este movimiento iniciado con Plotino y clausurado con nombres como Damascio y Simplicio, desplazados a Persia tras el cierre de la Academia Platónica de Atenas por el edicto de Justiniano en el año 529 de la era común, una filosofía y también una secta religiosa y casi mística, en la que se insertan además elementos pertenecientes a “la senda órfico-pitagórica” que tanto le atraen. Con ocasión del desgarrador final de la filósofa Hipatia en Alejandría, Zambrano se lamenta por el olvido del martirio del intelectual en aras de los “mártires triunfantes” del cristianismo, priorizados por el cristianismo primitivo de autores como Orígenes y Clemente de Alejandría, cuando el primero “lentamente se verifica a diario, sin sangre ni padecer físico, en un continuo padecer que es un actuar”¹⁷. Esta cita permite captar de nuevo la importancia que Zambrano concede a la cotidianidad de la figura del mártir, señalando que en realidad todos los pobres de la historia lo han sido. Siguiendo esta línea, se refiere el “martirio” propio de Plotino, traicionado por la caducidad del cuerpo que había despreciado sistemáticamente en vida. Como recuerda Zambrano a partir de una célebre cita de la *Vida de Plotino* de Porfirio: Πλωτῖνος ὁ καθ' ἡμᾶς γεγονὼς φιλόσοφος ἐώκει μὲν αἰσχυνομένω ὅτι ἐν σώματι εἴη, “parecía avergonzarse de estar en un cuerpo”¹⁸, por bregar por una pureza que solo encontraba satisfacción en la contemplación noética y en la “paternidad espiritual”, lejos de la natalidad y de la muerte y la infinita cadena de la fecundidad de lo corruptible. Pese a alejarse del mundanal ruido, como prescribiría posteriormente otro neoplatónico hispano como Fray

¹⁶ Zambrano, “Los bienaventurados”, p. 491.

¹⁷ Zambrano, *Hacia un saber del alma*, p. 170.

¹⁸ Porph., *Vida de Plotino*, p. 1.

Luis de León, y evitar el azote de los cuidados del mundo, especialmente tras la expedición frustrada a Persia, “[s]olo su cuerpo, su cuerpo hecho presente en forma de enfermedad, oscureció sus últimos años, alejando a sus amigos y hasta a casi todos sus discípulos”¹⁹.

Zambrano parece inspirarse en el legado de Plotino relativo al trato con el propio cuerpo cuando vuelve a España con su marido, Alfonso Rodríguez Aldave, tras la caída de Bilbao en 1937. Cuando se le pregunte por qué retornaba si la guerra estaba perdida, Zambrano respondería: “Por eso”, dando muestras de que su cuerpo debía seguir el camino hollado por su alma, un alma que no dejaba de preocuparse por el desenlace de una contienda civil que amenazaba con destruir todo lo que estaba vivo en una nación y mineralizar su paisaje²⁰. En efecto, a Zambrano le atrae del ejemplo de Plotino el afán de transparencia entre pensamiento y vida, el gusto por el retiro, el aislamiento y al mismo tiempo la presencia ejemplar ante los demás hombres, la aspiración de vivir en plena actualidad, sin ninguna molestia derivada de la posibilidad, el rechazo de la imagen como recuerdo de una corporalidad cambiante y transitoria. La propia Zambrano, que confiesa en varias ocasiones su incomodidad con el hecho de tener un cuerpo, participa de la divisa parmenídea por la que el *ser* libra de la *vida*²¹, esto es, del movimiento y sus impurezas, y prepara para alcanzar mediante la contemplación intelectual una vida incorpórea en el cuerpo, en disposición de des-vivir, de suerte que el alma salga “sin ser notada”, al modo del celeberrimo verso de la *Noche oscura del alma* de su admirado San Juan de la Cruz.

Como se recoge en nota en *El hombre y lo divino*: “[p]ara el alma griega debió de ser sentido como culpa, inicialmente, el estar en un cuerpo que resiste a la luz. Por eso la escultura griega tiene un carácter votivo, de ofrenda a la luz”²². La resignación y la ternura emergen como las actitudes que Zambrano asocia con el trato que ha mantenido con su propio cuerpo, y ello gracias a la mediación del “cuerpo del mundo” que es el universo, esto es, de la conciencia del lugar que los seres humanos ocupamos en él como puentes de una tradición no dogmática. La enseñanza de Plotino se cifraba así en esta lectura en transformar al unamuniano hombre de carne y hueso en “objeto del mundo

¹⁹ Porph., *Vida de Plotino*, p. 177.

²⁰ Una joven Zambrano señala que el “conservador es el mineralizador de la historia”, dado que la política consiste en saber lidiar con la transitoriedad, con deseos y proyectos que cambian con el tiempo. Véase Zambrano, “Horizonte del liberalismo”.

²¹ Zambrano, *Hacia un saber del alma*, p. 178.

²² Zambrano, *El hombre y lo divino*, p. 130, n.

inteligible”: “La vergüenza de tener cuerpo, el horror al nacimiento, hallaron su remedio adecuado y completo en esta transmutación. Pero el hombre, había sido borrado. ... Si el estoicismo ofrecía solamente el regreso al fuego, inmutable en su incesante actividad, los neo-platónicos, Plotino el extremado, exigían convertirse en aquello más contrario a lo vivo, en un objeto de la pura inteligencia. Ser hombre resultaba imposible”²³.

Zambrano, la exiliada sin esperanza en el regreso, la bienaventurada, por tanto, no perderá nunca esta perspectiva de transmutarse en un ser hecho de pura inteligencia y luz, aunque esas fuerzas no pasaran por la identidad personal, sino que obligaran al sujeto a convertirse en mediador de una potencia a la que se considera superior a cualquier actualidad. Sin embargo, la luz divina no logró vencer al infierno terrestre. Si el ritmo es el sonido propio de la criatura, el mero hecho de nacer y palpitarse deja de nuevo, como un fondo de resistencia pasiva, al ser humano inerme ante la luz buscada por “el íntimo anhelo de la vida humana de ver y de ser vista”²⁴, en soledad extrema, al que hay que añadir el “de amar y ser amado”²⁵. Como declara Antonio Machado en su poema *Galerías*: “mi corazón latía, atónito y disperso”, un estado al que Zambrano conecta en *Filosofía y poesía* (1939) con una unidad y un trasmundo poéticos, distintos de los del filósofo²⁶. Justamente por ese doble anhelo, es deseable que el cuerpo humano pueda verse completamente traspasado por la luz sin dejar de ser cuerpo²⁷. Las figuras representadas en la Basílica neopitagórica de Porta Maggiore expresaban hasta qué punto la *katábasis*, deseosa de encontrar el “sentir originario”, acostumbra al alma a adaptarse a la realidad verdadera, superando la sensación, accediendo a un sentirse flotando en manos de una totalidad desconocida, cuyo carácter absoluto suele rebajar la culpa y la expiación, tan propia del orfismo. Zambrano es sabedora de que la muerte suave y callada del neoplatónico será sustituida pronto por la Pasión de la fe cristiana, máxima expresión de todo el sufrimiento que quepa en una vida. Pero a mi entender no es Cristo la figura en la que advierte la transmutación más deseable del sabio neoplatónico, sino en la mencionada Nina de *Misericordia*, para la que todo lo creado merece ser salvado. En la sección dedicada a esta novela de Benito Pérez Galdós en *Los intelectuales en el drama de España*,

²³ Zambrano, *Hacia un saber del alma*, p. 181.

²⁴ Zambrano, *El hombre y lo divino*, p. 130.

²⁵ Zambrano, *El hombre y lo divino*, p. 132.

²⁶ Zambrano, *Obras completas*, vol. I, p. 693.

²⁷ Zambrano, *El hombre y lo divino*, p. 132.

Zambrano destaca el siguiente parlamento de la criada Nina, a la que su señora doña Paca pretende amilanar al recordarle que no tiene vergüenza ni dignidad: “Yo no sé si tengo eso; pero tengo boca y estómago natural, y sé también que Dios me ha puesto en el mundo para que viva, y no para que me deje morir de hambre. Los gorriones, un suponer, ¿tienen vergüenza? ¡Quia!... lo que tienen es pico... Y mirando las cosas como deben mirarse, yo digo que Dios, no tan sólo ha criado la tierra y el mar, sino que son obra suya mismamente las tiendas de ultramarinos, el Banco de España, las casas donde vivimos y, pongo por caso, los puestos de verdura... Todo es de Dios”²⁸.

Zambrano encuentra en las palabras de Nina un ejemplo elocuente del materialismo español, que muestra asimismo la sensibilidad de nuestra cultura hacia la sombra como proyección que el alma forma al entrar en un cuerpo, que llega a hacer del tener “buena” o “mala” sombra en territorios como Andalucía una definición perentoria del sujeto, más por lo que porta de *destino*, es decir, como una cesión a la pasividad, que por lo que anuncia de *carácter*. En *El hombre y lo divino* la sombra se presenta precisamente como una dimensión en especial problemática para las creencias pitagórico-órficas, toda vez que parece obligar al ser humano a moverse en un duermevela cuyo claroscuro resulta imposible disolver: “De los tres elementos [*soma, eidolon, psiché*], la sombra –algo material, aunque sutil– era sin duda lo más individual, lo peculiar de un individuo, su *principium individuationis*, su ‘distinción’, lo propio del individuo: una sombra. ...Lo problemático en esta ‘idea’ pitagórica del hombre era lo humano, encerrado en la sombra: el cuerpo era común a todo el mundo material y deleznable, pues no era un cuerpo al modo de los astros, sino corruptible, propio de ‘este bajo mundo’. Y el alma, ¿era, acaso, humana?”²⁹.

La meditación sobre la forma de vida aconsejada por el sabio neoplatónico no se reduce así a un mero cuidado de sí, sino que extrae consecuencias con respecto a la vida en común, tanto para perfeccionarla como para alejarse de las fuerzas que la degradan. La meditación del neoplatónico no busca el aislamiento, sino a través del ensimismamiento la fundación de una comunidad renovada. La experiencia completa del alma podía soslayarse de la mano de la esquematización aristotélica del movimiento como producto del número y del concepto de forma, lo que no deja de tener efectos en la convivencia política a juicio de Zambrano. En efecto, cuando en uno de sus primeros escritos –*Horizonte del*

²⁸ Galdós, *Misericordia*, p. 100.

²⁹ Zambrano, *El hombre y lo divino*, p. 115.

liberalismo (1929)– se refiera a la intuición como el principal instrumento que el político tiene en sus manos para ordenar la realidad, rechazará la racionalización unilateral de la vida, en una versión propia de la “razón vital” de Ortega, al considerar que quien aspire a gobernar un espacio civil no debe prescindir nunca de su olfato para el cambio: “La vida está por encima de la razón, por la que es inabarcable, y a la que mueve como a su instrumento. Para el idealista, la vida es mera ansia de ser; las cosas, sombras de ideas. Para el que valora ante todo la vida, la relación se invierte; las ideas son las sombras inertes que nunca nos podrán dar la autenticidad de las cosas, y la vida jamás podrá conocerse en su totalidad, porque no es copia de ninguna estructura inteligible; es única, oscura e irracional en sus raíces”³⁰.

El discurso de Nina, como si se tratara de una sabia neoplatónica en medio de un Madrid inmundo, insiste en que la vida está ἐπέκεινα τῆς οὐσίας καὶ τοῦ νοῦ (Plot., *Enéadas*, V.1.8), como sostiene Plotino completando el *dictum* platónico-socrático de *República* 509b8, y por ello requiere que se respeten sus misterios. La reflexión que Zambrano dedica al neoplatonismo no está desprovista de elementos que apoyan su diagnóstico de la patología noética y sentimental que representa el fascismo, al que considera divorciado de la realidad, a la que en definitiva siempre termina negando y destruyendo. En esta línea un yo desencarnado se vería privado de la mediación que la sensibilidad despliega entre la conciencia y el alma³¹. Ello favorece la transformación del *pueblo en masa* por obra de una combinación de retórica engañoso con verdaderas angustias y problemas, caracterizada por la incapacidad de crear y por el disgusto con la realidad que caracteriza a la movilización fascista: “Ante la nihilidad que le rodea, ante la nada en que flota, la inteligencia sin vocación se retuerce sobre sí y se traiciona. La inteligencia está amarrada a residuos de creencias descompuestas del pasado, a limitaciones impuestas por la falta de valor para romper nudos sociales, y lo que es más decisivo: la falta de una intuición modelo, la falta de la presencia de una realidad que presione. Pero esta ausencia de intuición, esta falta de sentir la realidad, llega a transformarse, en el fascismo, en un evadir la intuición y la realidad, en una huida sistemática de la realidad. Pero como la realidad está ahí, sigue existiendo, hay que aplastarla y aniquilarla”³².

³⁰ Zambrano, “Horizonte del liberalismo”.

³¹ Zambrano, *Claro de bosque*, p. 268.

³² Zambrano, “Los intelectuales en el drama de España”.

En absoluto está responsabilizando Zambrano a pensadores como Plotino de haber levantado un muro entre la conciencia y la realidad. Por el contrario, el materialismo hispano reivindica el ya aludido fondo sagrado que late en cada cosa, buscando salvarla de manera paciente y militante. Si la vida española había mostrado con el estoicismo y su “no perder el tipo” venga lo que venga uno de sus principales rasgos de carácter, no lo será menos el quietismo místico de un jesuita que aparece como oponente marginado por la hegemonía de la voluntad militar de Ignacio de Loyola. Me refiero a Miguel de Molinos, cuya opción por la anulación de la voluntad como horizonte de encuentro con lo divino representa para Zambrano una vía eclipsada por la cultura dominante en España. Pero también a la Nina galdosiana, que extiende la gloria de la eternidad divina a todo lo que mantiene en pie la cadena del ser. Solo de la mano de tal actitud dará paso a una relación saludable con la realidad, inseparable de la multiplicidad y la transitoriedad. No olvidemos que lo que distingue a un político conservador de uno progresista y revolucionario para Zambrano es que el primero “vive del ensueño” de convertir la política en física y el mencionado espacio mineral. Frente a esta posición solo cabe reivindicar el “sentir originario” que se abra no solo a la representación, a las categorías o a la forma, sino a las diversas voces que componen la *concordia discors* del cuerpo social:

La democracia como régimen ha de ser la expresión, el resultante, de la sociedad democrática. Sociedad que se irá logrando en la medida en que la perspectiva del hombre vaya adquiriendo una visión más justa de su propia realidad y, a través de ella, de la realidad toda; le vaya perdiendo temor. Pues se diría que la necesidad de descubrir lo real y de enfrentarse con ello ha tenido que luchar desde siempre con un pánico a la realidad. En todo hombre se libra esta batalla y en toda sociedad también. Hasta ahora el proyecto de vida democrática es el que entre todos aparece más libre de este temor ancestral a la realidad³³.

Pasajes tempranos como este, que nos devuelven a una joven Zambrano lectora de las *Enéadas* de Plotino de la mano del magisterio zubiriano, evidencian la utilidad civil y política que esta pensadora extrae de tales lecturas. El alma acostumbrada a templar las formas de hambre procedentes de su cuerpo de la mano de un trato habitual y disciplinado con el exterior, en busca de las ráfagas de la divinidad que aquél encierra, promete sembrar diálogo y comprensión sin acabar con la diferencia en todas las escalas del ser.

³³ Zambrano, *Persona y democracia*, p. 123.

4. Conclusiones

Zambrano encontró en las meditaciones de su admirado Plotino la búsqueda de una *unidad* que entiende indiscernible de la *heterogeneidad*³⁴, al desplegarse como secuencia de “fugaces instantes”, en consonancia con cierto “fanatismo de lo material”, cuyo carácter divino postula, y que como la poesía “sufre el martirio del conocimiento”³⁵, lo que comporta “padecimiento y sacrificio”³⁶, una suerte de contemplación pasiva que se impone a la aspiración a la acción. Este elogio de la poesía frente al dominio metodológico de la filosofía no duda en citar en su apoyo un poema de Juan Ramón Jiménez –*Inverosimilitud*–, que elogia la *inactualidad* como contemplación que se resiste a la acción, en términos comparables a como la describe Plotino en *Enéadas* III.8: “Vivir siempre una vida de después o de nunca, poniente de este puerto... Suspiros dobles al jardín, por galerías que aún son peñas, en el canto de alondras que aún son sueño”³⁷. La liberación de tales ritmos infernales en el sujeto enriquece la convivencia civil, pues la autoexigencia de un sujeto sometido a las meditaciones plotinianas predispone a una mirada piadosa al otro, que lo capta en su diferencia como una pieza más que integra el “gran mar del ser” con que Dante Alighieri, lector empedernido del neoplatónico *Liber de Causis*, describiera al universo de lo creado. La procesión de todo ente a partir de lo Uno que Zambrano asume de la metafísica plotiniana exhorta a transitar por un auténtico infierno para salvar aquello que ha sido excluido o directamente suprimido del mapa del ser. Una hazaña que evidencia claras afinidades con el camino abierto por los exiliados republicanos españoles, a los que perteneció la propia Zambrano, que tuvieron que abandonar España tras la Guerra Civil. También ellos y ellas, como Plotino, debieron aprender a relacionarse con lo real aceptándolo, descubriendo en sus fragmentos destellos salvíficos de una unidad que, lejos de subsumir todo bajo su égida, abre una gavilla infinita de seres y pretende que todos ellos alcancen la salvación.

³⁴ Zambrano, “Filosofía y poesía”.

³⁵ Zambrano, “Filosofía y poesía”.

³⁶ *Ibid.*

³⁷ Jiménez, *Segunda antología poética*, p. 211. Poema citado por Zambrano, *Filosofía y poesía*, p. 749.

Bibliografía

- Carcopino, J., *La Basilique Pythagoricienne de la Porte Majeure. Études romaines*, Paris: L'Artisan du Livre, 1927.
- Colinas, A., “Entrevista a María Zambrano”, en: *Prometeo*, 70 (2005). <https://ddooss.org/textos/entrevistas/entrevista-a-maria-zambrano>
- Corominas, J. y J.A. Vicens, *Xavier Zubiri: la soledad sonora*, Madrid: Taurus, 2006.
- García, F., *La Habana del Centro*, La Habana: Unión de Escritores, 1997.
- Gaya, R., *Obra Completa*, València: Pre-textos, 2010.
- Jiménez, J.R., *Segunda antología poética*, Urrutia, J. (ed.), Madrid: Espasa-Calpe, 1992.
- Pérez, B., *Misericordia*, Madrid: Cátedra, 1982.
- Porfirio, *Vida de Plotino*, É. Bréhier, É. (ed.), París: Les Belles Lettres, 1982.
- Sánchez, N., “The Return of the Θεῖος ἀνήρ in the Dadaist Avant-Garde. Hugo Ball’s Byzantine Christianity”, en: Alviz, M. y Hernández de la Fuente, D. (ed.), *Shaping the Divine Man. Holiness, Charisma and Leadership in the Graeco-Roman World*, Stuttgart: Franz Steiner, 2023, pp. 325-338.
- VV.AA., *Cartas a Rosa Chacel*, Rodríguez, A. (ed.), Madrid: Versal, 1989.
- Zambrano, M., *Persona y democracia*, Madrid: Alianza, 2019a.
- Zambrano, M., “Los bienaventurados”, en: Id., *Obras Completas*, vol. IV/2, Madrid: Galaxia Gutenberg, 2019b, pp. 381-504.
- Zambrano, M., *Obras Completas*, vol. I, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2015.
- Zambrano, M., *Delirio y destino*, Madrid: Horas y horas, 2011a.
- Zambrano, M., *Claros del bosque*, Madrid: Cátedra, 2011b.
- Zambrano, M., *El hombre y lo divino*, México, D.F.: FCE, 2005.
- Zambrano, M., *Hacia un saber del alma*, Madrid: Alianza, 2004.
- Zambrano, M., *De la aurora*, Madrid: Alianza, 1983.
- Zambrano, M., “La Cuba secreta”, en: *Orígenes*, 20 (1948), pp. 3-9.
- Zambrano, M., “La mujer en la cultura medioeval”, en: *Ultra*, 4 (1940), pp. 275-278.

Recepción: 20/01/2025

Aceptación: 13/03/2025